

Celia y Almería La gran animadora cultural de una ciudad

Mirada a un escenario compartido



M. Sagrario
Salaberri Ramiro
Profesora de la UAL

"Que hay que besar, beber y hay que besar, que el gusto de la vida es como el vino y el sabor de la muerte es una copa"

Celia Viñas
(de "Dos Sonetos al Vino")

■■■ Celia, no llegué a conocerte, a ver tu sonrisa, ni apreciar los detalles en tu forma de caminar y vestir. Cuando te fuiste en ese día limítrofe entre la primavera y el estío, yo no había nacido aún. Sin embargo, has estado muchas veces presente en las conversaciones que he escuchado y que sólo he aderezado con alguna tibia pregunta. No puedo decir nada de ti sin recordar palabras de Arturo y mis padres, porque lo que sé de ti es esencialmente a través de ellos. Me he detenido a pensar en un escenario compartido por ti y por mí en la distancia que marca la levedad del tiempo. Es la bodega que mi padre, maestro represaliado que sabía de vinos por tradición familiar, abrió en la calle Arquímedes camino de La Chanca, un lugar que nos une a partir de la estrecha amistad nacida adolescente entre Arturo y mi padre. Él no bautizó el lugar con ningún nombre, pero lo hicieron los habitantes del barrio como "Bar Latas", simplemente porque se levantaba sobre lo que había sido una chatarrería y las personas recuerdan la historia próxima de los territorios.

Es tanta la normalidad que ha rodeado mi existir en la bodega que pienso que tú también la tuviste que apreciar:

Estaban los pescadores, los taburetes de madera, las tapas improvisadas. Estaba el jardín, la madre selva y el suelo de tierra. Durante veinte años sentí la bodega como un lugar suspendido en el tiempo y, por ello, pienso que ese rincón del mundo estaba como tú lo habías dejado cuando yo lo empecé a descubrir. Los ojos tienen la sabiduría de hospedarse en las cosas, de alojarse en ellas. Transitan por el mundo mientras la vida transcurre. Apresan una gama iconográfica que queda anclada en la memoria entre muchas imágenes que pasan de largo.

Arturo y tú hacíais un recorrido similar al de Goytisolo para llegar a la bodega. Os resultaba casi imprescindible pasar por el zoco de la Plaza Pavía donde "los chiquillos estaban al husmo y, a la menor distracción de los vendedores, agarraban alguna fruta, un corrusco de pan o un puñado de lentejas y lo zambucaban con rapidez en sus bolsillos" (Goytisolo, La Chanca, 1962). Al llegar, "un establecimiento oscuro, con toneles de vino, un mosquero colgado del techo y paredes colgadas de calendarios. En las mesas había varios corrillos de hombres jugando a cartas. El patrón tenía una cuarentena de años..." (Goytisolo, La Chanca, 1962). Yo podría añadir que había carteles de feria, y otros en los que se podía leer "regatas de snipes", palabra esta última que aprendí a pronunciar después de muchos años. Inevitablemente has tenido que ver esos carteles, esos calendarios que no caducaban de fecha, oler el aroma de los toneles de vino y disfrutar de la luz del jardín filtrada por el "chambao" desde el local oscuro.

Si Goytisolo y yo hemos percibido lo mismo de ese lugar suspendido ahora en la memoria, para ti tampoco pasaría inadvertido el rumor del aire entre las madre selvas, las campanillas lilas que se desprendían de las enredaderas, ni el trompetero cuajado de flores blancas nacaradas que miraban hacia la tierra.



La Almería que paseaba Celia. A Celia le gustaba caminar por la ciudad, y frecuentemente lo hacía por esa Almería antigua que desde la Plaza de Pavía (en la imagen, hacia el Cuarenta) sube hacia la Alcazaba, entonces visible desde toda la ciudad, y hacia las cuevas de la Chanca.

Sé que visitaste el palacio de los aromas que se ubicaba en "La Fabriquilla de Licores y Aguardientes" en la calle García, con suelo de cemento y estanterías llenas de elixir de licor de plátano, de nuez de cola, de menta...

Os gustaba ir allí por las tardes, sentaros en los taburetes de madera y charlar con mis padres. Como telón de fondo, un sonido monótono de discusiones sólo interrumpido por alguna que otra voz que se quería imponer sobre el resto. Rítmico también el fluir del vino a través de los pitorros clavados en los corchos de botellas de anís. Su transitar por las gargantas con sensación de ahogo, y breves intervalos entre trago y trago para tomar aire. Los toneles amamantando las garrafas de vino blanco, abocado o mistela. La musicalidad de la calderilla sobre el mostrador de mármol. Los precios escritos con tiza sobre pizarra negra. El olor azufrado de las pajuelas incineradas en los toneles. Entretanto, nadie en ese entorno percibía que se encogía el tiempo para todos. Importaba más el vino de la vida que el sabor de la muerte en copa, vaso o botella.

También se que visitaste el palacio de los aromas que se ubicaba en "La Fabri-

quilla de Licores y Aguardientes" en la calle García, con suelo de cemento y estanterías llenas de elixir de licor de plátano, de nuez de cola, de menta... Me gustaba ir allí al atardecer cuando se habían sedimentado más las fragancias de las esencias mezcladas con alcohol. Cada tarde se podía vivir una sensación diferente según el licor que tocara preparar, y destapar los botes era sentirse embriagado por la fragancia más sofisticada que uno puede imaginarse.

Vuelven las tardes, todas las tardes del mundo manchadas de ausencia. Momentos que parecían diluidos y se recuperan desde la visión de espectadora de escenas vividas y territorios compartidos. La añoranza es la sonrisa de mi padre, la intuición de mi madre, las palabras de Arturo que se parecían a la vida en la que estabas tú. Una vez más, palabras, recuerdos: en medio, beber el sorbo de la vida.



Pilar Quirosa-Cheyrouze
Escritora

Cincuenta aniversario del fallecimiento de Celia

■■■ Nos conmueve profundamente, después de todos estos años, pensar en la luz que irradiaba Celia Viñas a la hora de expresar y transmitir sentimientos. Una larga estela de caminos llenos de matices, de sueños y de esperanzas.

Así, aquellos días en los que la autora de "Trigo del corazón", "Canción tonta del sur", "Palabras sin voz", "Del foc y la cenra", o "Como el ciervo corre herido" se miraba en los ojos de sus alumnos, en la libertad de las horas que le proporcionaba esta ciudad de provincias, abierta a un porvenir que anidaba en su mirada, en los encuentros con sus amigos

-los de verdad, tan necesarios-, en el amor de su esposo, Arturo Medina.

Palabras nacidas para el canto, para el permanente hallazgo. Versos que han ido creciendo en intensidad y en mensajes con el paso del tiempo. Un tiempo fundamental que hace valorar la obra de Celia Viñas, desde lo esencial de su andadura, extensa, minuciosa, exigente, y transmisora de esencias, hoy en día continuamente rescatadas para la memoria.

Amor por la vida, en su poema "Aniversario", escrito en noviembre de 1940, originariamente en catalán. "¿Por qué la melancolía/ de los aires mañaneros?/ Si tienes la serenidad de la hora llena/ ¿qué te importa un año más?". Un año más, el paso del tiempo, plenitud de las horas, minutos enriquecidos junto a un alma creativa, en vuelo de realidades. Profundidad de un momento irreplicable, la vida gestándose desde el silencio, desde la belleza juanramoniana, "Oh, si siempre la vida/ el perfume de la abierta rosa conservar pudiera". Los capítulos del presente colmados de presencias: "¿Por qué añorar la flor en la rama/ si el fruto sabroso de miel ahora no falta?". Apurar la vida, paso a paso, con deleite, sin prisas. Vivir el momento, para acariciar

cada uno de sus dones. La vida, repitiéndose intacta.

La poesía en Celia, su verdad, su lirismo. Sus raíces catalanas en Lérida. El amor por el Mediterráneo, un mar que unía los ejes de Palma de Mallorca -sus vivencias de infancia- y su amor por Almería.

Aquella "Noche en la cala": "Encima de las barcas/ una estrella de rosas blancas". Su amor por el mar, su amor por la naturaleza, aplicado en sus actividades docentes. Y un profundo sentir cristiano en sus conversaciones con Dios. "Canto del amor hermoso", pleno, como el canto de San Juan de la Cruz. "En este amor hermoso de cosechas/ que aprieta el grano y que la espiga lanza/ a la luz de la Santa Eucaristía". De la esencialidad de una vida interior colmada de fortaleza.

O aquel homenaje a Rosalía de Castro, en su único poema escrito en lengua gallega, rescatado por Arturo Medina para "Poesía última". Un hermanamiento con los pueblos de España, su amor por la cultura y el afán de convivencia: "Aires dulces galleguños./ hojitas secas./ Rosalía gime los vientos./ llévame, llévame a ella".

Entrañable para el recuerdo aquella foto de

Celia junto a Manuel del Águila -su gran amigo, aquellas jornadas de pentagramas y de sol -"Bebe el agua clara/ música, música", tan presentes siempre en la memoria- junto a otra buena amiga, Isabelita Rabell. Tantos recuerdos, como la plena devoción por la Virgen del Mar. Una foto realizada por Guerry, aquellos pasajes de juventud, una instantánea eterna para la memoria histórica de Almería.

La verdad y la sinceridad en toda su obra, un intenso remanso de paz. Trayectoria de vida que habla de hermandades y de goces hallados en el profundo latir de la Naturaleza y de sus signos. "Beso largo/ hoja nueva/ naturalmente/ primavera/ eterna".

Desde esa naturaleza interna que hace grande una existencia, la íntima manifestación de cada instante, el compartir con los demás los mejores momentos manifestados desde la quietud de un verso y la esperanza de nuevos amaneceres. En la libertad de la palabra.

Y, siempre a su lado, en correspondencia epistolar a su amiga Tadea Fuentes, el mar de Almería: "Yo te hablaré del mar que está a mi lado, / concreto, hermoso, carne sin orillas, / con velas blancas y pulmón mojado". Almería, su ciudad y su destino. Primavera eterna.